

SUMARIO

NUMERO 55

DICIEMBRE DE 1961

Los « Carnets » de Albert Camus	J. B.-M.	2
Notas de un escritor	ALBERT CAMUS	3
Tiempo de mentira	MARIANO PICON-SALAS	10
Visión de Jorge Luis Borges	VICTORIA OCAMPO	17
150 años de experimentos democráticos en Latinoamérica	ANTONIO DE UNDURRAGA	24
Aspectos fundamentales de la reforma agraria	T. LYNN SMITH	28
El latifundio en El Ecuador	ANTONIO DIAZ	35
Material de tierra (Poema)	HOMERO ICAZA SANCHEZ	38
A propósito de un libro sobre la U.R.S.S. ..	V. A.	39
En la jaula soviética : los jóvenes y el amor	JOSEPH NOVAK	41
Vida, pasión y muerte de Julián Besteiro ..	RODOLFO LLOPIS	49
Meditaciones de la poesía (II)	ANTONIO PORRAS	57

Bellas Artes

El teatro español contemporáneo	DOMINGO PEREZ MINIK	62
---------------------------------------	---------------------------	----

Crónicas

Los miedos de Berlín	VICTOR ALBA	67
La precaria revolución de Bolivia	JAMES MORRIS	72
Los 204 días de Janio Quadros	STEFAN BACIU	79
Balcón de París	DAMIAN CARLOS BAYON	84

res

Victoria Ocampo.

"Visión de Jorge Luis Borges"

Cuadernos. Rev. Mensual

dic. 1961

VICTORIA OCAMPO

Visión de Jorge Luis Borges

DICE UNO DE LOS PERSONAJES de *King Lear* : « Ripeness is all. » Si bien la madurez, en cierto sentido, no lo es todo, puesto que es absolutamente indispensable pasar por otras etapas para alcanzarla, cierto es que quien no la alcanza queda trunco, encantador tal vez, pero inacabado para siempre.

Hay autores —como hay personas— que no llegan a madurar. Que no llegan al punto de perfección que la madurez implica. Pueden ser admirables frutas verdes, milagrosos capullos, misteriosos « bourgeons » : de ahí no pasan. Incluso, diría yo, en cuanto a escritores se refiere : hay algunos cuyo dharma es no madurar. Entre la numerosísima familia de las rosáceas, hay rosas que son más bellas en pimpollo y que al dejar de serlo se marchitan casi inmediatamente, como si no hubieran sido creadas para abrirse ; hay otras que llegan a su completo esplendor cuando están en pleno « épanouissement », y que tardan en deshojarse.

Aquí, para comenzar estas notas que serán la palabra del mismo Borges escuchada y transmitida por este aparato registrador en que me he transformado con satisfacción y orgullo (orgullo de poder transmitir algo esencialmente nuestro y a la vez de tan insólita calidad), diré que desde la época en que le conocí, la de la revista *Proa*, hace la friolera de treinta y seis años, lo admiré. Pero con una reserva. Me preguntaba si Borges sería siempre un precioso capullo, o si se abriría sin deshojarse inmediatamente. Me lo preguntaba con in-

quietud, pues un talento singular, una personalidad excepcional como la suya representaban para nosotros algo más que un buen éxito literario : era tener en mano un as de triunfo, un futuro pasaporte que nos daría acceso a la alta sociedad literaria contemporánea, a nosotros, los argentinos que hablamos el idioma de los argentinos, con toda nuestra argentinidad y nuestra universalidad irrenunciable (que es uno de los rasgos de los mejores argentinos).

Alguna vez Francisco Romero habló, en *Sur*, de la « genialidad idiomática » de Borges. Y Amado Alonso dijo : « Nadie entre nosotros ha creado como él un estilo tan *estilo*. » Pedro Henríquez Ureña señaló que Borges no era original porque se proponía serlo y agregó : « Borges será original hasta cuando se proponga no serlo. » Casi diría yo que es lo que actualmente está pasando.

Todo esto lo advertí a poco de empezar a conocer y a leer a Borges. Pero como yo misma era fruta verde, andaba en busca de madurez. Y esto me volvía más exigente con Borges (que ya consideraba figura de primer orden literario). Este Borges no me daba —sentía yo— el « vital nutrimento » que yo buscaba en la literatura y que no era exclusivamente ni precisamente literario. Menor en cuanto a la edad, mayor en cuanto al talento, yo le reprochaba a Borges que no ejerciera inmediatamente los derechos y deberes de su evidente mayorazgo.

Estos sentires y pensares que me acongojaban junto a Borges, nunca se los formu-

lé. Había en él una tendencia a ironizar sobre todo aquello que no prefería. Y nuestras preferencias no concordaban. La ironía de Borges actuaba sobre mí como el limón sobre la ostra viva. Todo se me encogía dentro. No, por cierto, que me disgustara la ironía (la suya tenía sabor y gracia). Siempre el reír me alivió del vivir. Pero durante años adoramos divinidades distintas, y cuando coincidíamos en algún dios, era por razones diferentes. Esto me acobardaba mucho, precisamente en la medida en que yo admiraba la genialidad de Borges. Temía tanto herir como ser herida. Además, me parecía que mi moneda no tenía curso en el mundo borgiano y que lo que yo más admiraba le parecía a él un marracho o, en el mejor de los casos, una morondanga. Respecto a mis adoradas morondangas yo no podía ceder, y pensaba algo semejante al : « Guenille si l'on veut, ma guenille m'est chère. »

Borges, definiendo a Mallarmé, ha escrito : « ... no le bastaban temas triviales ; los buscó negativos : la ausencia de una flor o de una mujer, la blancura de la hoja del papel antes del poema. » En mi fuero interno, yo le retrucaba a Borges : « ¿Por qué demonios limitas tan a menudo tu poder creador a juegos de ingenio, y por qué te divierten tanto los *abolis bibelots d'inanité sonore*, por preciosísimos que sean? »

Todo esto no lo estaría escribiendo hoy si no hubiera cambiado el « panorama Borges », con un Borges que felizmente para nosotros no ha cambiado en su singularidad borgiana. Un Borges *tel qu'en lui-même enfin* la vida lo ha cambiado, sin cambiar su irreductible (loado sea Dios) originalidad.

No me gusta escribir más que sobre aquellas cosas, o seres, que por defectos que tengan, me gustan del todo. Y como escribo por gusto, para satisfacer necesidades de un mundo interior que no tolera mentiras, si hoy escribo sobre Borges o me presto a Borges con satisfacción y orgullo, es porque hoy me gusta del todo. Y me gusta porque ha alcanzado esa hora de madurez en que, con inquietud nacida del deseo, le di cita hace muchos años, como nos damos cita con toda gran esperanza.

Nadie mejor que Borges, al contar sus andanzas por el mundo de las letras o más

bien dicho del espíritu (ese que sopla donde quiere), puede dar la clave de mi acercamiento paulatino a él, a su obra. Para mí ha sido, en este *temps du mépris*, en este tiempo de discordias e injusticias cotidianas, un acontecimiento. Algo mucho más confortante de lo que él imagina. No sé si esto que yo siento es compartido por él, y casi no me importa. Es. Con eso basta.

Borges (Georgie, como le llaman sus amigos) vive en la calle Maipú, casi esquina de Charcas, es decir en el centro mismo de este Buenos Aires que cantó con fervor en 1923 :

*Las calles de Buenos Aires
ya son la entraña de mi alma...
La ciudad está en mí como un poema
que no he logrado detener en palabras...*

Todos los argentinos que leíamos de veras, leímos con sorpresa aquel librito y nos miramos en el espejo que nos tendía. Nos reconocíamos.

Ese fervor debía llevar a Borges a escribir, cuatro años después, un poema, « La fundación mitológica de Buenos Aires », que arde en nuestros corazones. En el mío. Dejemos los plurales :

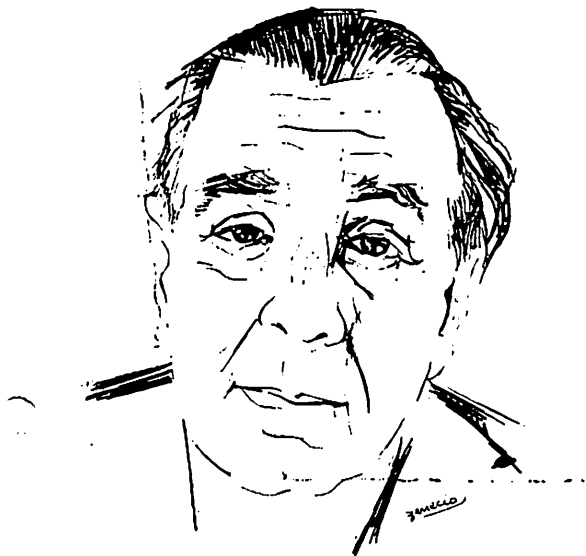
*¿Y fue por este río de sueñera y de barro
que las proas vinieron a fundarme la patria?
Irian a los tumbos los barquitos pintados
entre los camalotes de la corriente zaina...
A mí se me hace cuento que empezó Buenos*

[Aires
La juzgo tan eterna como el agua y el aire.

A la calle Maipú fui, hace unos días, a conversar con él sobre el pasado y el presente. El barrio nos es común. Hemos nacido y vivido en él. Borges nació un 24 de agosto de 1899 en la calle Tucumán, entre Esmeralda y Suipacha, a dos cuadras de lo que es, por el momento, la oficina de *Sur*, y de lo que fue mi casa muchos años.

La vida literaria de Borges empieza a los seis años, me cuenta su madre. Escribe, entonces, un cuento titulado *La visera fatal*, en lenguaje tipo *Gloria de don Ramiro*. En aquel cuento la gente no habla : fábula.

A los nueve años, traduce *El príncipe feliz*, de Oscar Wilde. La traducción se publica en un diario, *El País*, y el profesorado de lenguas vivas la adopta como texto.



creyendo que es obra del padre del verdadero traductor.

El hecho de ser inglesa la abuela de Borges tuvo enorme influencia en su vida y su obra, pues Georgie pasó su infancia de niño ávido de libros jugando con Dickens, Stevenson, Kipling, Bulwer-Lytton, Mark Twain, Edgar Poe. Leía y releía *Huckleberry Finn*. *The first men in the moon*, de H.G. Wells, le produjo gran conmoción. En cuanto a los autores españoles los frecuentaba muchísimo menos, como todos los niños lectores de aquella época, y más aún de la mía, pocos años antes, en que sobre todo el francés era el idioma preferido para la lectura de los niños que tenían el no siempre envidiable privilegio de una institutriz francesa a domicilio. Sin embargo, *El Quijote* fue el libro de cabecera de nuestro Georgie. También leyó *Facundo* y *Fausto* (1), el nuestro. Esto ocurría cuando estaba entre los 10 y los 11 años.

Algo que después tendría repercusión en su vida de escritor y que ya marcaba sus preferencias por lo nórdico, fue la lectura de *Völsunga Saga*, traducida por William Morris. Desde ese momento, la atracción por todo lo del norte no hizo sino crecer con los años.

En 1914, la familia Borges parte para Suiza, y allí quedará bloqueada por la guerra. Georgie aprenderá alemán solo : lo es-

tudia en un volumen de versos de Heine y con la ayuda de un diccionario alemán-inglés. Esto durante sus vacaciones. En Ginebra, donde se ha establecido la familia Borges, Georgie estudia latín y pasa su bachillerato en francés, idioma con el que se familiariza en Ginebra.

En 1919, los Borges se van a España, donde permanecerán tres años. Georgie frecuenta en Madrid la tertulia de Rafael Cansinos Assens, traductor de Dostoyevski (del ruso), de *Las mil y una noches* (del árabe) y de Goethe (del alemán). Georgie está en su elemento en esta « poliglotalandia ».

Durante su estadía en España, los Borges pasan mucho tiempo en Palma de Mallorca, y la madre de Georgie me dice que la conmovió especialmente que el premio otorgado por la Sociedad Internacional de Editores llegara precisamente de Palma. Aunque no lo diga, supongo que a su hijo también. En Palma siguió estudiando latín, con un sacerdote de la catedral, en aquellos años. No lo olvida.

En Madrid, Borges formó parte del grupo ultraísta. Practicaba el verso libre, la falta de puntuación, la ausencia de mayúsculas y la oscuridad voluntaria. Así demostraban su independencia los « beatniks » de aquellos años.

De regreso a Buenos Aires, en 1921, sacó una revista mural, llamada *Prisma*. Se pegaba en las paredes de las calles de la capital (« qui en verraient bien d'autres »), como cualquier vulgar aviso. La señora de Borges recuerda todavía los baldes de engrudo que tenía que proporcionar a su hijo para esta empresa literaria y callejera. Lo acompañaban en la faena Eduardo Gonzá-

(1) En 1870, el poeta argentino Estanislao del Campo publicó un poema en el que se referían —contadas por el protagonista y en su propio lenguaje dialectal— las experiencias de un gaucho que ha asistido a la representación de la ópera *Fausto* de Gounod, en el teatro Colón de Buenos Aires. En su ingenuidad el gaucho, que asiste por primera vez a una función de esa especie, cree que todo lo que ocurre en el escenario es realidad. El poema tiene tono festivo y es uno de los clásicos de la literatura gauchesca, cuyo máximo representante es *Martín Fierro*, de José Hernández.

lez Lanuza, Pancho Piñero Pico, Juan Guillermo Borges y Norah Lange.

En 1923 se publica *El fervor de Buenos Aires*, sin que este estallido lírico produzca el menor efecto en la ciudad misma que lo inspiró. En cambio, en Madrid, Ramón Gó-

En aquellos capítulos de La esfera y la cruz que se llaman « El sueño de MacYan » y « El sueño de Turnbull », Chesterton profetizó y denunció, hace algo más de medio siglo, los ilusorios paraísos y esenciales infiernos del fascismo y del comunismo. Sur tiene el mérito de no haberse dejado tentar nunca, en su carrera de treinta años, por una u otra de esas dos falacias diabólicas. La honrosa prisión de Victoria Ocampo, su directora, en la época de la tiranía, es claro testimonio de su carácter democrático; otro no menos evidente lo constituyen los ataques unánimes de nacionalistas y comunistas. Europeísmo, o extranjerismo, es el misterioso delito que suelen imputar a Sur; tal delito, si no me engaño, se reduce a la circunstancia de que la cultura occidental, que es la nuestra, le interesa más que los pieles rojas o los querandies. Yo entiendo que si algún rasgo diferencial tenemos los argentinos, este es el hecho de que el universo entero nos interesa más allá de límites étnicos o geográficos. Cabe invocar los nombres tutelares de Lugones y de Sarmiento.

Las historias de la literatura argentina propenden a la acumulación de nombres propios y de fechas prolijas; el crecimiento anual de estos inventarios púdicos agrava la tarea de manejarlos y acabará por demostrar a todos lo absurdo de su método. Alguien, en un porvenir no lejano, tendrá el valor de reducir esta historia a sus grandes líneas y entonces resultará evidente la compleja y benéfica labor que Sur ha ejecutado en América. Éticamente, ha defendido la causa de la democracia contra las dictaduras; intelectualmente ha mantenido viva esa curiosidad universal que, según declaré, es acaso el rasgo mejor de los argentinos.

JORGÉ LUIS BORGES

mez de la Serna publica un artículo elogioso sobre estos poemas en la *Revista de Occidente* (en que todo autor de habla hispana aspiraba a colaborar). Díez-Canedo visita a Borges y lo felicita. Alfonso Reyes le escribe. En esa carta de nuestro Alfonso hay una frase muy recordada por Borges: « Veo nombres de antepasados militares. Yo también. » Pues Georgie, tan poco militarista (a no ser a la manera de Don Quijote), tan enemigo de degollatinas rosistas o paredones castristas, evoca siempre con melancólico deleite a sus antepasados uniformados que combatieron, cierto es, por eternos laurales y rotas cadenas.

En 1925, se publica *Luna de enfrente* (poemas). Ese mismo año sale la revista *Proa*, destinada a un año de existencia. Fue la época en que Georgie conoció a Ricardo Güiraldes, y yo a Georgie, por intermedio de Ricardo. Era un muchacho de unos veinticinco años, con cierta timidez en el andar, el hablar, el dar la mano, y ojos de vidente o de médium, como su preciosa hermana Norah.

Cuenta Borges una anécdota que no deja de tener gracia (y al oírla recordé que me la había contado Ricardo) sobre la fundación de *Proa*. Los cuatro escritores que la fundaron no se conocían: Ricardo Güiraldes, Jorge Luis Borges, Pablo Rojas Paz y Brandan Caraffa. Brandan parece haber sido el *Deus ex machina* de la aventura. Cuando se le presentó a Ricardo (mucho mayor que los otros) le dijo que los tres jóvenes, decididos a fundar una revista que representara a la nueva sensibilidad, pensaban que sin él, Ricardo, no podían lanzarse en la empresa, por ser él el representante máximo del modernismo en las letras argentinas. Ricardo, complacido, aceptó. No había publicado aún *Don Segundo Sombra*, y era un autor para una minoría de amigos. Borges fue a ver a Güiraldes al Hotel Phoenix, donde vivía (a una cuadra de mi casa y de lo que iba a ser *Sur*). Le contó que Brandan le había dicho a él, Borges, que los tres otros escritores lo habían elegido por ser el representante de la nueva sensibilidad, etc. Ricardo soltó una de sus típicas carcajadas. Eran los mismos términos usados por Brandan para persuadirlo a él, Ricardo. Y cuando apareció Rojas Paz, se supo que también creía haber sido

elegido por el triunvirato y por idénticas razones. La treta de Brandan surtió efecto y además nos causó una saludable hilaridad. Los escritores pusieron cada uno cincuenta pesos, y con la ayuda tesonera de Adelina Del Carril (la mujer de Ricardo) vio la luz de nuestro barrio *Proa*. Se imprimía lejos, en la imprenta de Colombo, en San Antonio de Areco, pueblito cercano de la estancia de Güiraldes, La Porteña, y frecuentado por Don Segundo en carne y hueso.

En 1928 apareció *El idioma de los argentinos* (prosa). Obtuvo en 1929 el segundo Premio Municipal de literatura : tres mil pesos. Con ese premio, Borges se sintió un potentado y compró inmediatamente la *Enciclopedia Británica* (de segunda mano). El resto del premio, lo gastó en innumerables tazas de café con leche, compartidas.

Evaristo Carriego (evocación de la vida y el ambiente en que vivió este poeta) apareció en 1930.

En enero de 1931 iba a salir una nueva revista. Para lanzarla no se recurrió al ardid de Brandan Caraffa, pero tal vez a otro. Eduardo Mallea (que daba sus primeros pasos en el mundo de las letras) y Waldo Frank, en su primera visita a Buenos Aires (las dos Américas), se empeñaron en persuadirme de que era indispensable que yo la hiciera. Es más fácil convencer a una persona que a cuatro. Cedí. Desde luego, se contaba con Borges como con uno de los principales colaboradores y consejeros de la empresa. Ricardo ya había muerto.

En el primer número de *Sur* —impreso en Colombo, para seguir la tradición ; pero en un Colombo que había pasado de San Antonio de Areco a los suburbios de Buenos Aires : Caballito— se publicaron un artículo de Borges sobre el *Coronel Ascasubi* (todavía no les habíamos tomado idea a los coroneles) y una nota sobre los letreos o leyendas que llevaban, y llevan aún, los carros, convertidos ahora en camiones. Nota pedida por mí, especialmente, por ser este un tema borgiano.

En el segundo número de *Sur* iba un artículo sobre *Martín Fierro*. El autor de este poema gauchesco, nuestra *Chanson de Roland*, era primo de mi bisabuela materna. Así como todos vivíamos en el mismo barrio (Ricardo, Borges, la que suscribe y pro-

bablemente varios otros), todos pertenecíamos a la familia, diría yo, del *Cuaderno San Martín*. Fue el título elegido por Borges para uno de sus libros, porque así se llamaban los cuadernos en que los escolares (entre otros, nosotros) hacían sus « deberes ». Es curioso pensar que en el Año del Libertador General San Martín (1950) viviríamos una etapa de nuestra historia en que nos harían pagar caro el parentesco o amistad de nuestros antepasados con este héroe cuyo Centenario se festejaba con bombos y platillos. Pero no nos adelantemos.

En 1936 y 1937, salen en mi nueva editorial (que Ortega y Gasset me aconsejó fundar para no fundirme con la revista) dos libros traducidos por Borges : *A room of one's own* y *Orlando*, de Virginia Woolf. Responden más a mis gustos que a los del traductor. En 1941, Borges traduce para *Sur* *Un Barbare en Asie*, de Henri Michaux. En 1944, aparece *Ficciones* en mi Editorial, libro que iba a merecer el Premio Internacional de Editores Europeos. También traduce Borges *Wild Palms*, de Faulkner, y la *Perséphone* de André Gide, que *Sur* repartió y regaló en la sala del Teatro Colón, la noche en que Strawinsky estrenó la obra y en que me tocó el placer de actuar como « recitante ». Estábamos en 1936.

Sur ces entrefaites, y sin que nos diéramos cuenta cabal de lo que ocurría en nuestro país (como pasa en todos los países, incluso en los menos subdesarrollados), subió un oscuro coronel a la presidencia. Inmediatamente, se nombra a Borges inspector de la venta de aves de corral en los mercados de Buenos Aires. Original nombramiento para un escritor. Pero la época peronista abundó en estas originalidades. No hay por qué negarle ese mérito.

Borges, sorprendido —*ma non troppo*— pregunta entonces a un alto funcionario municipal cómo es que habiendo treinta o cuarenta empleados capaces de cumplir este menester con mayor conocimiento de causa que él, ha sido elegido. El alto funcionario le pregunta a Borges :

— ¿Ha sido usted partidario de los aliados?

— Sí, contesta el interpelado.

— Entonces, ¿qué quiere!

A ese punto habíamos llegado.

Al poco tiempo, Borges se ve obligado a renunciar. Felizmente, la Asociación de Cultura Inglesa tenía idea de que Borges era, él mismo, una *rara avis* más bien que un adecuado inspector de aves. En tal creencia le ofreció un curso de literatura. Y el Colegio Libre de Estudios Superiores coincidió con la opinión de la Cultural. Le pidió al ex inspector de pavitas y gallinas una serie de conferencias sobre autores norteamericanos e ingleses, que le permitiera comerlas. Así se lanzó Borges a hacer una cosa de la que se consideraba incapaz y que, incluso, le repugnaba : dar conferencias y clases. Empezó casi a la fuerza esa carrera que con tanto provecho para quienes lo escuchan ha seguido. Hoy día, Borges no se reduce a las literaturas inglesa y norteamericana. Aborda otros temas, no utiliza notas, y habla en inglés, directamente, si es mejor para los alumnos.

El Gran Premio de Honor de la SADE (Sociedad Argentina de Escritores) se instituyó por no habersele otorgado a Borges el Premio Nacional de Literatura, que le correspondía, y que fue desviado de él. Se publicó, entonces, un número de *Sur* titulado « Desagravio a Borges ».

El jardín de senderos que se bifurcan apareció en la Editorial Sur en 1941.

En México, se publicó un volumen de *Antiguas literaturas germánicas* (con la colaboración de Delia Ingenieros). Y también un manual de *Zoología fantástica*.

Es quizá oportuno recordar que Borges escribió varios libros en colaboración con su gran amigo Adolfo Bioy Casares y mi hermana Silvina Ocampo. Para comenzar, una *Antología de la literatura fantástica* (1940). Revisando recuerdos, me encontré con un hecho que se remonta a muchos años atrás y que ignoran los principales protagonistas. Cuando Bioy Casares era Adolfito, su madre vino a verme un día y me habló largamente de las aficiones literarias de su casi adolescente y admirado hijo único. Estaba inquieta y orgullosa. Me preguntó quién era capaz de orientar al objeto de sus desvelos y qué escritor argentino podría apadrinarlo. Sin titubear contesté : Borges. « ¿Estás segura? », me preguntó. Le dije que absolutamente. No me equivoqué. Entre los dos nacería, a pesar de las distintas edades, una gran amistad. Yo la

presentía, pero nunca la imaginé tan estrecha como ha llegado a ser, ni que mi hermana se casaría con Bioy Casares y que Borges entraría en esa casa como en la propia.

En 1941, los tres « cómplices » publican una *Antología poética argentina*. Digo cómplices, porque los tengo a los tres por algo arbitrarios. Como ellos a mí.

El año siguiente publican Borges y Bioy Casares, con el seudónimo de H. Bustos Domecq, *Seis problemas para don Isidro Parodi*. Dice Borges que la intención de los autores fue la de escribir una obra policial..., pero a poco andar se les convirtió en una obra satírica y los personajes se apoderaron de los autores. En 1946, con el mismo seudónimo, se publicó *Dos fantasías memorables*, y con el seudónimo de Suárez Lynch, *Un modelo para la muerte*.

Otra Antología de Borges-Bioy Casares sería *Los mejores cuentos policiales*. Ambos están lanzados en el mundo de la novela policial y sus complicados vericuetos. En 1951, sale una segunda *Antología de cuentos policiales*. En 1953, *Cuentos breves y extraordinarios*. (El año pasado, apareció en las Ediciones Sur *El libro del cielo y del infierno*. Un libro de literatura gauchesca es también producto de esta colaboración.)

Nada es eterno, especialmente los dictadores (aunque para quienes los padecen, todo, con ellos, se parece a una atroz eternidad). El coronel huye un buen día. Entonces empieza Borges a recibir los nombramientos que merecía : Doctor honoris causa de la Universidad de Cuyo (1956). Profesor de literatura inglesa y norteamericana en la Facultad de Filosofía y Letras. Pero lo más importante para él, que siempre soñó vivir en un bosque de libros, fue el nombramiento de director de la Biblioteca Nacional. Por desgracia la vista le está fallando, como al otro director de la Biblioteca, el francés Paul Groussac. Borges nos dice en el *Poema de los dones* :

*De esta ciudad de libros hizo dueños
A unos ojos sin luz, que sólo pueden
Leer en las bibliotecas de los sueños...*

*De hambre y de sed (narra una historia
[griega])*

*Muere un rey entre fuentes y jardines ;
Yo fatigo sin rumbo los confines
De esta alta y honda biblioteca ciega...*

*Yo que me figuraba el Paraíso
Bajo la especie de una biblioteca...
Groussac o Borges, miro este querido
Mundo que se deforma y que se apaga
En una pálida ceniza vaga
Que se parece al sueño y al olvido.*

Esta tremenda prueba que es el no poder leer, para alguien que de lectura vivía desde la infancia, Borges la sobrelleva con algo que no acierto a nombrar. Pero es como si tuviera tal riqueza en su mundo interior, tal abundancia almacenada de imágenes, que ya los ojos no le hicieran demasiada falta. Esos ojos extraños que aun cuando miraban sin ver, porque a semejanza de los bajeles negros de que nos habla *El hacedor*, buscaron siempre por el mar de lo invisible una isla querida.

Ahora acaba de publicarse una miscelánea que lleva como título el que acabo de nombrar. En esas páginas se mezclan y unen muchos Borges distintos, idénticos siempre. El mismo ha dicho : « De cuantos libros he entregado a la imprenta, ninguno, creo, es tan personal como esta colección y desordenada silva de varias lecciones, precisamente porque abunda en reflejos e interpolaciones. »

Los ensayos o cuentos de Borges han sido siempre breves. Y siempre sorprende esta brevedad en alguien que por lo contrario está continuamente fluyendo como un manantial al que nada detiene.

Actualmente, Borges está estudiando anglosajón, con un grupo de alumnos. El año próximo piensa publicar una *Historia de los orígenes de la literatura inglesa*.

También prepara, con destino a *Sur*, una Antología. En ella quiere demostrar cómo los temas, bajo distintas formas o en distintos años, vuelven con fidelidad de aves migratorias.

En nuestra última conversación, le pregunté quién había tenido más influencia sobre él, de las personas que había conocido, o los autores leídos. Me contestó : « Macedonio Fernández. » Macedonio era amigo del padre de Borges. Conversador admirable —dice Borges— ; por lo hablado mucho más que por lo escrito ha tenido influencia sobre él. Todavía se ríe Borges al recordar que un día, como se tocó el tema de Víctor Hugo, que Borges admiraba (y

admira), exclamó Macedonio : « ¡Salí de acá con ese gallego insoportable! » *Gallego* es una palabra con connotaciones intraducibles. Para nosotros, los argentinos, puede querer decir muchas cosas, no todas elogiosas, ¡para qué mentir! Entre otras, algo de charlatanería. El « hélas! », ignorado por Macedonio, se convirtió en « gallego insoportable ».

Una gran noticia, para nosotros, es que Borges me ha dicho que piensa escribir sobre la revolución de 1955.

Me dice también que sus gustos y opiniones han variado. Admiraba la literatura policial, por sus mecanismos complicados. Hoy ya no le interesan esos mecanismos, ni el ingenio. Los grandes libros *s'en passent*. La sabiduría es más importante que el ingenio. « El asombrarse pasa pronto. » Ya no prefiere Quevedo a Cervantes, Lugones a Rubén Darío, Chesterton a Shaw. « Ahora me parece que me he equivocado », dice, con esa mirada que está viendo muchas más cosas de las que estamos viendo nosotros.

« De las literaturas actuales sé poco —agrega—. Hace cinco años que no leo. » Conrad, Henry James, Shaw vuelven siempre en sus conversaciones. Son sus autores, ahora.

En treinta líneas admirables, Borges se define a sí mismo en *El hacedor* o intenta algo que pudiera parecerse a una definición de « Borges ». Allí dice : « Spinoza entendió que todas las cosas quieren perseverar en su ser ; la piedra eternamente quiere ser piedra y el tigre un tigre. Yo he de quedar en Borges, *no en mí* (si es que algo soy), pero me reconozco menos en sus libros [los de Borges] que en muchos otros... Hace años yo traté de librarme de él y pasé de las mitologías del arrabal a los juegos con el tiempo y con lo infinito, pero esos juegos son de Borges ahora y tendré que idear otras cosas. Así mi vida es una fuga y todo lo pierdo y todo es del olvido, o del otro. »

« No sé cuál de los dos escribe esta página. »

Es que tu juego, Borges, es el del gana pierde. Y yo sé que en mí ya no te pierdes. Ignoro a cuál de los dos hablo. Pero, créeme, eso es lo que menos importa.